



D 2347

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 3

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

JUANA DE ARCO.

(Conclusion.)

Juana se presentó humildemente como una pobre pastora, descubrió al instante al rey que se había mezclado de intento entre los cortesanos, y aunque sostuvo al pronto que se había engañado, la joven se postró y le besó las rodillas, mas como no estaba consagrado, Juana no le llamaba más que el delin.

—Hermoso delin, le dijo, me llamo Juana la doncella. El rey de los cielos os anuncia por mi boca que seréis consagrado y coronado en Reims, como teniente del rey de los cielos, que es rey de Francia.

Carlos VII se la llevó aparte, y al cabo de un instante de conversacion, se inmutó; la fe de la joven había entrado en el corazon del monarca; entonces se acordó que era rey de Francia, y al instante mismo en presencia de su ejército y de todos sus caballeros, puso en manos de la virgen la espada que debía salvar la Francia y el honor.

Una gran maravilla fue para los espectadores el ver por primera vez á Juana de Arco con su blanca armadura y montada en un hermoso caballo negro, llevando al lado una hacha pequeña y la espada de Santa Catalina. Juana envió á buscar esta espada detrás del altar de Santa Catalina de Tierbois, donde en efecto se encontró. Llevaba también un estandarte blanco con flores del lis, en el que se hallaba representado Dios con el mundo en sus manos, con dos ángeles á os lados, cada uno con una flor de lis.

Pero no es esto todo; diéronla también su comitiva: tuvo por escudero un valiente caballero, que lo era el conde Dunois, y el hombre mas honrado de todos los de su casa; además la dieron un paje noble, un capellan, dos heraldos de armas, un mayordomo y dos criados. Armada y acompañada de este modo, se marchó á Blois, donde estaba preparado un convoy para Orleans, y allí reunió algunos sacerdotes, con los cuales formó un batallon sagrado que marchaba á la cabeza de las tropas, cantando himnos que los soldados reputan entusiastados. Todos la veian inspirada, y todos parecían estarlo á su vez. El convoy, escoltado por seis mil hombres, pasó por en medio de los enemigos, y Juana fué recibida en triunfo en Orleans.

Los dias siguientes se introdujeron en la ciudad nuevos socorros, protegidos por la joven heroína, que se hallaba con un cuerpo de tropas entre la ciudad y los ingleses.

Todo el mundo se figurará ver á Juana en medio del desorden, con las manos teñidas en sangre, matando á todo el que resiste, pero no es así, sino que por el contrario, esa guerrera aborrecía la sangre, y se esponia á los golpes sin descargar jamás ninguno. Ni siquiera desenterró su espada, y únicamente se valia de su estandarte para esparcir el terror entre los ingleses y comunicar su entusiasmo á sus compañeros de armas.

Juana entró en Orleans el 30 de abril; principió á combatir el 4 de mayo, y el 8, que fué un domingo, hizo que se levantase el sitio. Antes de que los ingleses fugitivos perdiesen de vista las murallas de la ciudad, Juana mandó elevar un altar en el llano, donde se celebró

Juana de Arco asistió á la consagracion. Habiendo en la mano el estandarte con que habia combatido. Concluida la ceremonia, se arrojó á los pies del rey, suplicándole que la permitiera retirarse, por haber concluido su mision, pero habiendo insistido Carlos para que se quedara Juana, consistió en ello, y cosa esta que desde aquel mismo instante todas sus dichas la abandonaron, y poco despues fué hecha prisionera en Compiègne, en una salida que hizo de la ciudad, sitiada á la sazón por los ingleses, siendo vendida por diez mil libras al enemigo, que queria vengar en ella la verguenza de sus derrotas.

La infortunada Juana de Arco fué conducida á Ruan, donde á falta de otra razon la acusaron de mágica. Juana respondió á sus jueces con firmeza y dignidad, é interrogada que cómo se había atrevido á asistir á la consagracion de Carlos con su estandarte, contestó:

—Justo es que quien tuvo su parte en el trabajo, la tenga también en el honor.

Primeramente la sentenciaron al ayuno perpetuo á pan y agua, pero como los ingleses deseaban mucho su muerte, tuvieron la bajeza de poner á su lado un vestido de hombre, para que la diera la tentacion de volverse á poner aquel traje, y pretestaron esa supuesta trasgresion para condenarla á morir en la hoguera. Cuando oyó pronunciar esta sentencia, su valor la abandonó un momento, pero bien luego cayendo de rodillas ofreció á Dios su vida en sacrificio.

Carlos VII dejó que el proceso continuara sus trámites, sin hacer nada para salvar á la heroína, aunque hubiera podido amenazar á los ingleses con hacer morir en represalias los prisioneros que conservaba en su poder, en el caso de que la sacrificaran á su implacable venganza.

Sin embargo, tan cobarde abandono no pudo alterar la fidelidad de Juana, y hasta su último momento defendió al ingrato monarca contra las injurias que delante de ella le prodigaban.

El 30 de mayo de 1431 la hicieron subir á la fatal carreta, conduciéndola á la plaza vieja de Ruan, donde el suplicio la esperaba. Su última palabra, su último suspiro, fué ¡Jesús! De este modo fué quemada á manos de cobardes enemigos aquella á quien se hubieran elevado altares antiguamente por haber salvado á un tiempo su patria y su rey.



Suplicio de Juana de Arco.

misa, y el pueblo rindió gracias á Dios en presencia del enemigo.

La mision de Juana consistia, como ya hemos dicho, en hacer levantar el sitio de Orleans á los ingleses, y llevar á Reims al monarca para ser consagrado. Para ello se necesitaba andar nada menos que sesenta leguas ocupadas por los enemigos, y tomar por asalto todas las plazas, desde Orleans hasta Reims, que se hallaba en poder de los ingleses; pero la confianza que se tenia en el valor y las promesas de la doncella, decidieron á Carlos VII y su consejo.

Las plazas que se encontraron al paso del rey, se rindieron mas, y otras fueron tomadas por asalto. Reims abrió sus puertas, y el afortunado Carlos, proscrito nueve años hacia por un decreto del Parlamento que declaraba nulos por su incapacidad sus derechos á la corona, fué consagrado en esta ciudad como rey de Francia, en medio de los aclamaciones de un pueblo inmenso que habia acudido de todas partes para presenciar el milagro que volvia al trono la dinastia de Hugo-Capeto. La ceremonia se verificó el 47 de julio en la antigua basílica de Reims, que es el asombro del mundo desde hace seis siglos.

EL DIAMANTE Y LA VENGANZA.

La historia que vamos á referir tiene su origen en fuentes auténticas. Nos prometemos que inspirará á nuestros lectores un grande interes, porque con su lectura recordarán una de las novelas mas justamente célebres de la literatura moderna, á la que ha prestado asunto. Escrí-

mente se reconocerá en Picand el personaje famoso, conde de Monte-Cristo, cuya creación y desarrollo de carácter, han hecho tanto honor á Alejandro Dumas.

En 1807 vivía en París un zapatero llamado Francisco Picand. Este pobre diablo, joven y bien parecido, estaba para casarse con una muchacha guapa, complaciente, amable y que le agradaba tanto, cuanto por regla general agradan á las gentes del pueblo las muchachas que eligen por esposas, es decir, sobre todas las mujeres, pues para ellos no existe otro medio de poseer una mujer que casarse con ella. Saboreando tan lindo proyecto, y vestido de día de fiesta, Francisco Picand fué á casa de un cafetero, su amigo, e igual en edad y rango, pero mas rico que él, y conocido por una envidia estravagante de todo lo que prosperaba á su alrededor.

Mateo Loupian, natural de Nimes como Picand, tenía en París un café de mala muerte, muy bien acreditado, cerca de la plaza de Santa Oportuna. Era viudo, y tenía dos hijos de su difunta mujer. Tres vecinos, parroquianos constantes, naturales del departamento de Gard y conocidos de Picand, estaban en su compañía.

—¿Qué es eso, Picand? dijo el amo del café, estás hecho un brazo de mar... cualquiera diría que te dispones para bailar las treilhas (1).

—Es cosa de mas importancia, amigo Loupian, me caso.

—¿Y á quien has elegido para que te corone? Preguntó uno de los concurrentes llamado Allut.

—No esfortamente á la hija segunda de tu suegra, que en esa familia hay tan poca gracia para hacerlo, que tu corona ha traspasado el sombrero.

Todos miran, y en efecto, el sombrero de Allut tiene una abolladura, mil risas aplauden la agudeza de Picand.

—¿Cuera las bromas? ¿Con quien te casas? Preguntó el cafetero.

—Con la hija de Vitoroux.

—¿Margarita la rica?

—La misma.

—¿Que tiene cien mil francos de dote? exclamó el cafetero conserniado.

—Yo llevo mucho mas en dicha y amor. Caballeros, os convido para la misa que ha de decirse en Saint-Leu, y despues de la comida de boda para el baile que tendrá lugar en Los Bañillos de Venus, calle de los Osos, en casa de Mr. Laignac, maestro de baile.

Los cuatro amigos apenas pudieron contestar con monosílabos, tan aturdidos los tenía la dicha de su camarada.

—¿Cuándo es la boda? Preguntó Loupian.

—El martes próximo.

—¿El martes?

—Cuento con vosotros. Hasta la vista. Voy á la vicaría y de allí á casa del cura.

El zapatero saltó: todos se miraron estupefactos.

—Es dichoso ese tunante.

—Es hechicero.

—¿Una muchacha tan bella, tan rica!

—A un descamisado!

—Y es el martes la boda.

—Sí, dentro de tres dias.

—Me comprometo á retardarla, dijo Loupian.

—¿Y cómo?

—Es una broma.

—¿Cuál? ¿cuál?

—Una burla excelente. El comisario de policía va á venir. Le diré que sospecho que Picand es un agente de los ingleses. ¿Comprendéis? En seguida se le llamará, se le harán preguntas; él tendrá miedo, y cuando menos por ocho dias la novia tendrá paciencia.

—Loupian, dijo Allut, esa es una mala partida. Tú no conoces á Picand: si descubre el engaño es capaz de vengarse cruelmente.

—¡Bah! ¡bah! exclamaron los otros; en carnaval es permitido divertirse.

—Como queráis; pero os advierto que yo no tomo parte en el ajo: cada cual con su capricho.

—No extraño que tu mujer te engañe, replicó el cafetero con dureza, eres un ente inútil.

—Yo soy un hombre de bien, y tú un envidioso: yo viviré tranquilo, y tú morirás desgraciado. Buenas noches.

(1) Baile popular muy á la moda en el Bajo-Languedoc.

Allut vuelve la espalda: el trio se decide á no abandonar tan feliz idea, y Loupian, el autor, promete á sus dos amigos hacerlos reír hasta desternillarse. El mismo día, dos horas despues, el comisario de policía, ante el cual había declarado Loupian, hacia su deber de funcionario público. De las habladurías del cafetero se forma un proceso en toda regla, y se eleva á la autoridad superior. Se envía la nota fatal al palacio del duque de Navigo; esta nota coincide con las revelaciones que se habían hecho acerca de los movimientos de la Vendée. No cabe duda: Picand es intermediario entre el Mediodía y el Oeste. No puede ser otro que un personaje importante: su oficio humilde oculta á un caballero del Languedoc. Con tal seguridad, en la noche del domingo al lunes, el infeliz Picand es sacado de su casa con un misterio tal, que nadie se apercebe de su arresto; desde este dia se pierden completamente sus huellas; sus parientes, sus amigos, no pueden adquirir sobre su suerte la menor noticia, y nadie ya vuelve á acordarse de él.

Trascurre el tiempo. llega el año de 1814, y del castillo de Fenestrelles sale el 15 de abril un hombre agobiado por los sufrimientos, y envejecido mas por la desesperacion que por la edad. Se diría que en siete años ha vivido medio siglo. Nadie le reconoce, el mismo no se ha atrevido al consultar un espejo por primera vez en el mezquino albergue de Fenestrelles.

Este hombre, que en su prision respondia al nombre y apellido de José Lucher, sirvió mas de hijo que de criado á un rico sacerdote milanés. Indignado éste con el abandono en que le dejaban sus parientes con el infame objeto de hacerse dueños de su gran fortuna, se reservó los capitales que poseía en los bancos de Hamburgo y de Inglaterra. Además vendió la mayor parte de sus posesiones á uno de los altos dignatarios de Italia. Esta venta fué hecha á plazos, y los vencidos debían pagarse anualmente en el escritorio de un banquero de Amsterdam, encargado de hacerlos llegar á poder del vendedor.

Este noble italiano, muerto el 4 de enero de 1814, nombró por su único heredero al pobre José Lucher, legándole por un lado una fortuna de cerca de siete millones en cinco libras, y por otro el secreto de un tesoro en que estaban ocultos en diamantes próximamente el valor de doce millones de francos; al precio del comercio, y por lo menos tres millones en diferentes monedas, como ducados de Milan, florines de Venecia, doblas de España, luises de Francia, guineas de Inglaterra, etc., etc.

Libre ya José Lucher, marchó rápidamente hacia Torino: llegó á Milan, y valiéndose de su prudencia, al cabo de algunos dias estaba en posesion del tesoro que venia buscando, aumentado con una multitud de piedras antiguas y camaféas admirables, todas de un valor exquisito. Desde Milan José Lucher se dirigió á Amsterdam, de Amsterdam á Hamburgo, de Hamburgo á Londres, y en todo este viage recogió riquezas para sufragar los gastos del mas opulento y mas caprichoso de los reyes. Instruido Lucher por su cno en los secretos recursos de la especulacion, supo emplear tan bien sus riquezas, que reservándose los diamantes y un millon en billetes, se creó una renta de seiscientos mil francos, pagaderos relativamente por los bancos de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia.

Hecho esto, se puso en camino para Paris, á donde llegó el 15 de febrero de 1815, ocho años despues, dia por dia al en que el infortunado Picand había desaparecido. Este tendría entonces treinta y cuatro años, José Lucher cayó enfermo al dia siguiente de su entrada en Paris. Como aun no estaba establecido y se hallaba sin criada, se hizo conducir á una casa de curacion, y al cabo de algunos dias, ya restablecida su salud, la abandonó para trasladarse al barrio de Santa Oportuna, donde adquirió las siguientes noticias:

En el mes de febrero de 1807 se habló mucho de un honrado joven zapatero, pronto á hacer un casamiento febuloso. Una broma de tres amigos destruyó su buena fortuna, y el pobre diablo se ausentó á le hicieron ausentarse; en fin, nadie supo mas de su suerte. Su prometida lloró su ausencia durante dos años, hasta que,

cansada sin duda de sus lágrimas, se casó con el cafetero Loupian, quien gracias á este enlace, aumentó sus negocios, y en la actualidad poseía en el barrio el mas magnífico y mas acreditado café de Paris.

José Lucher escuchó esta historia muy indiferente en apariencias; pero procuró informarse, sin embargo, de cómo se llamaban los autores de aquella broma que tanto mal había causado al infeliz Picand. Desgraciadamente se habían olvidado los nombres de estos individuos.

—No obstante, añadió uno de los que el recién llegado interrogaba; existe un tal Antonio Allut, que delante de mí ha dicho que conoce á esos de quienes habláis.

—Yo he conocido un Allut en Italia... Era de Nimes.

—Este tambien lo es...

—Ese Allut me prestó cien escudos exigiendo el reintegro cuando me fuera posible á un primo suyo llamado Antonio.

—Pues podeis enviarme esa suma á Nimes, porque ha regresado á su patria.

A la mañana siguiente, una silla de posta, precedida de un correo que iba pagando á triple precio las jornadas, volaba mas bien que corría por el camino de Lyon. De Lyon siguió á Rouen por el camino de Marsella, é hizo parada en el puente del Espíritu Santo, en donde se apeó un abad italiano por primera vez desde el principio del viage.

Tomó un coche y se dirigió á Nimes, apeándose en la conocida fonda de Luxemburgo. Con el mayor disimulo se informó de lo que se había hecho Antonio Allut. Este apellido, muy comun en la comarca, pertenecía muchas familias diferentes en rango, fortuna y religion. Mucho tiempo trascurrió antes de hallar definitivamente al individuo en cuya busca corría el abad Baldini, y aun necesitó éste de algunos dias mas para ponerse en comunicacion con Antonio Allut. Terminados al fin estos preliminares, el abad contó á Antonio que prisionero en el castillo del Pueblo en Nápoles, por crimen de Estado, había trabado conocimiento con un excelente compañero, cuya muerte, acaecida en 1814, horroraba sin cesar.

—En aquella época, dijo, era un joven de unos treinta años; espiró llorando su país perdido, pero perdonando á aquellos de quienes tenía por que quejarse. Era natural de Nimes, y se llamaba Pedro Picand.

Allut lanzó un grito. El abad le miró con extrañeza.

—¿Conocias por ventura á Picand? Preguntó á Allut.

—Era uno de mis mejores amigos. ¿Cuán lejos ha ido á morir el desdichado!... ¿Supisteis vos la causa de su arresto?

—El mismo la ignoraba, y tantas veces me lo juró, que no me es posible dudar de su sinceridad.

Allut lanzó un suspiro. El abad continuó.

—Durante toda su vida un solo pensamiento ocupó su mente. Hubiera dado, decía, su lugar en la gloria eterna, al que le hubiese nombrado al autor ó autores de su arresto; y este pensamiento fijo es que le inspiró la idea de una singular cláusula que consta en su testamento. Debo decir que en la prision prestó señalados servicios á un inglés, prisionero tambien, el cual al morir le dejó un diamante que vale por lo menos cincuenta mil francos.

—Tuvo suerte, exclamó Allut; cincuenta mil francos son toda una fortuna.

—Estado Pedro Picand en el lecho de muerte, hizo que me llamaen y me dijo: mi fin será dichoso si me prometes cumplir mi última voluntad; ¿me lo prometes?—Lo juro, contesté, en la inteligencia de que no me exigireis nada contrario al honor ni á la religion.—¡Oh! nada de eso. Escuchadme y juzgareis. Siempre he ignorado el nombre de los que me han sumergido en este infierno; pero he tenido una revelacion. La voz de Dios me ha advertido de que Antonio Allut, uno de mis paisanos, conoce á mis denunciadores. Cuando recobreis la libertad id á buscarle, y de mi parte hacédele entrega del diamante que debo á la generosidad de sir Herbert Newton; pero con la condicion de que os ha de confiar los nombres de aquellos á quienes miro como á mis asesinos. Tan luego como os

los haya revelado volveréis á Nápoles, y los grabareis en una plancha de plomo sobre mi tumba. Aquí tenéis además cuatro mil sequins (ochocientos mil reales próximamente), para hacerme sepultar en una iglesia y adquirir la propiedad de mi sepulcro, y otros seis mil sequins para atender á los gastos de vuestro viaje á Nimes. Esta doble suma procede de los beneficios de mi querido señor sir Herbert Newton.—Movid a mi piedad, le juré por el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que cumpliría fielmente sus deseos. Me dió el dinero y el diamante, y murió en paz. Aunque prisionero, satisface en parte su voluntad. El infeliz reposa en Nápoles en la iglesia del Espíritu Santo, y desde que me vi libre, vine á Francia para pagar la deuda que contraí con vuestro pobre compatriota. Héme aquí, y ved el diamante.

A estas palabras, el abad Baldini estendió su mano é hizo brillar un diamante, cuyo tamaño, agudeza y transparencia no dejaban duda alguna acerca de su valor. Verdaderamente el abad no exageraba al hacerlo subir á cincuenta mil francos, pues aquella alhaja vendida oportunamente hubiera valido al menos ochenta ó noventa mil. Antonio Allat lo contemplaba con ojos avidos; un sudor glacial bañaba su rostro; su boca se contraía horriblemente, y un temblor convulsivo agitaba sus miembros; á poca costa se conocía el combate que la avaricia y la prudencia habían trabado en su corazón.

En aquel momento fatal entró la mujer de Allat. Su rostro descoucerado llevaba las huellas de un disgusto reciente y violento. Atravesó la estancia con rapidez, y viniendo al fin á colocarse delante de Antonio, todavía estupefacto con el discurso del abad.

—Hambre mío, (estilo del país), bien puedes ocultarle, le dijo, y yo no volver á pisar las calles de la ciudad: tu hermano y mi hermana van á humillarnos con su fortuna insolente. Sabe que hace un momento han recibido por la diligencia veinte mil francos que les han llovido del cielo.

—¡Veinte mil francos! repitió conserando Antonio Allat; ¿y de dónde?

—Es toda una historia. Hace un año que tu hermano salvó de las aguas á un danés que venía á Avignon á ver al conde de Rantzau. Este extranjero partió después de darle gracias por su servicio, y ahora recibe tu hermano esa fabulosa suma en hermosos luleses de oro de á cuarenta francos cada uno. Se harán los orgullosos y van á humillarnos. ¡Ellos! Tu hermano y mi hermana menor! Esto es insufrible y yo moriré de despecho.

—Y sobre todo, señora, en el momento en que vuestro marido refusa un legado de cincuenta mil francos por lo menos que le deja un amigo moribundo. Añadió el abad.

—¿Cómo! ¡Refusa cincuenta mil francos! exclamó la mujer en el colmo del asombro, y amenazando á su marido, ya con la mirada, ya con el gesto.

—Al menos así lo creo, continuó tranquilamente el abad; y empezó de nuevo el relato que ya había hecho, dando fuerza á su peroración con la hermosa perspectiva del anillo, que mostraba muy amenazado, pero sin quitarla nunca de su dedo.

(Se continuará.)

EL CABBIOLE DE PAGANINI.

Todos nuestros lectores habrán oído hablar del célebre violinista Paganini, que ha excitado la admiración y el asombro de toda la Europa. El mismo en sus Memorias refiere una anécdota que vamos aquí á transcribir. Este músico ha excitado después de 1830 tanta admiración como asombro. Se hallaba entonces en una época de entusiasmo fácil, y cada día veía surgir algún nuevo fenómeno, sobre todo en el dominio de las artes.

Es el mismo Paganini el que habla en sus Memorias:

Me hallaba en las calles de Viena una tarde que retumbaba el trueno en el cielo, y caía á torrentes la lluvia. Marchaba poco á poco sin objeto, mirando á las ventanas aquellas buenas cabezas austriacas, rubias y cuadradas, cuando la lluvia y la tormenta me sorprendieron de repente en un barrio. Hallábame solo, lo que pocas veces me sucedía, y para volver á mi casa hubiera tenido que andar lo menos una media legua. No había mas que un medio: tomar un carruaje. Detuve sucesivamente tres góndolas, pero los conductores, no comprendiendo la lengua que hablaba, continuaban su camino, y rehusaban abrirme las portezuelas de sus carruajes. Llegó á pasar una cuarta góndola: la lluvia caía con fuerza y hacía un tiempo horroroso: aquella vez el cochero me había comprendido, era italiano, verdadero italiano. Al subir ajusté el precio con él. Pero á esta pregunta que yo le hice:

—¿Cuánto querrá vd. por volverme á mi hotel?

—Cinco florines, me respondió; el precio de un billete de entrada para los conciertos de Paganini.

—Bribon, le respondí, ¿cómo te atreves á exigir cinco florines por una carrera tan pequeña? Paganini toca sobre una sola cuerda, pero ¿tú puedes hacer andar tu carruaje con una sola rueda?

—Señor, no es tan difícil como se pretende el tocar sobre una sola cuerda: yo soy músico, y hoy mismo he doblado el precio de mis carruajes para ir á oír á ese caballero que llaman Paganini.

Yo no regateé mas. El cochero me llevó con conciencia; habría tardado mas de media hora para ir á oír al barrio: en menos de diez minutos llegaba delante de la puerta de mi fonda. Saqué cinco florines de mi bolsillo, y un billete de mi cartera.

—Toma: aquí tienes la cantidad que me has pedido, dije al cochero, y además un billete para ir á oír á ese señor Paganini en un concierto que dará mañana en la Sala Filarmónica.

En efecto, al día siguiente á las ocho de la noche se agolpaba la muchedumbre á las puertas de la sala en donde yo debía hacerme oír. Acababa de entrar cuando el comisario vino á llamarme diciendo:

—Hay á la puerta un hombre de chaqueta, bastante mal vestido, que quiere entrar á toda costa.

Seguí al comisario. Era el cochero de la vesperta, que usando del derecho que yo le había dado, quería introducirse con su billete. Gritaba que le habían regalado aquella localidad, y que no podían negarle la entrada en el concierto.

Hice levantar la consigna, y á pesar de su chaqueta y de sus zapalones cubiertos de polvo, mandé entrar á mi hombre pensando que se perdería en la muchedumbre. Con gran asombro, desde que me presenté en el tablado vi delante de mí al cochero, que producía grandísima sensación por el contraste que ofrecía su vestido y su rostro con los lindos talles y ricos adornos de las señoras colocadas en las primeras galerías. Cada cosa de las que toqué fué aplaudida con entusiasmo: obtuve un grandísimo suceso; pero el hombre de la chaqueta obtenía tanto suceso como yo. Palmoteaba y gritaba en medio de un trozo cuando todo el mundo estaba silencioso. Sus gestos, sus gritos, sus aplausos parecían un delirio, y le hicieron notar tanto como su traje, que era de los mas burlescos.

Se terminó la función, y gracias al cielo fué sin accidente alguno. A la mañana siguiente, al levantarme me anunciaron que quería hablarme un hombre que no quería dar su nombre, y como yo tardé demasiado en responder, vi llegar al mismo individuo que había excitado tanta hilaridad en mi concierto. Mi primer movimiento fué el de hacerle echar por la escotera abajo. Sin embargo, tenía un aire tan humilde, que no tuve valor para ello.

—¡Diábolol! ¿Qué quieres?

—Excelencia, me respondió, vengo á pedirlos un gran favor: soy pobre, tengo cuatro hijos, soy compatriota vuestro; sois rico, tenéis una reputación sin igual: si queréis podéis hacer mi fortuna.

—¿Qué quieres tú decir con eso?

—Pues bien: autorizadme á escribir con letras gordas detrás de mi carruaje estas dos palabras: *cabrióle de Paganini*.

—¡Veit al diábolol!... Fou lo que te dé la gana. Aquel hombre no era loco ni imbécil.

En algunos meses fué conocido en toda Viena mas que lo era yo mismo. Con aquella inscripción, que yo no le había prohibido tomar, hizo una fortuna considerable. Dos años después volví á Viena con el producto de sus carreras, el cochero había comprado la fonda en donde yo me apeaba. En esos dos años había elevado su fortuna á cien mil francos, y revendió el cabrióle en cincuenta mil francos á un rico lord inglés.

EL RICINO.

El ricino común, que vulgarmente se llama *Palma-Cristi*, es un árbol bastante fuerte, de 25 á 30 pies de alto, y que produce un hermoso efecto por sus hojas anchas y en forma de palma. Tal se presenta en el país donde ha tenido origen, Berberia; pero cultivado en Europa, el ricino no ofrece mas que el aspecto de una planta herbácea anual, cuyo tallo, alto de seis á ocho pies, es musculoso, de color verdoso ó un poco purpúreo, y en la misma estación florece y da fruto. La flor ocupa la parte superior de los tallos y las ramas, en donde está dispuesta en una larga espiga ramificada. Si se ubriga el ricino anual en una estufa, el tallo persiste y es filamentos, lo que prueba que no es una planta herbácea, porque el tallo y las raíces parecen hacia el fin del otoño ó al principio del invierno. Como es de naturaleza de florecer y dar fruto, desde el primer año se propaga por medio de la semilla.

La semilla del ricino se compone de una sustancia blanca, amarga, lechosa, análoga á la de las almendras; contiene en abundancia un aceite graso y suave que se seca fácilmente por la presión y la infusión en agua hirviendo. Es de notar que las cualidades emulsivas, oleosas y dulcificantes de estas semillas, pertenecen exclusivamente al perispermo, es decir, al segmento que rodea el embrión, el cual parece contener únicamente principios acres, ardientes y nauseabundos. Tiene, pues, propiedades medicinales muy diferentes, segun conserva este órgano central ó está privado de él; órgano esencialmente venenoso, al que se debe la excitación de los vómitos que produce una violenta purgación, é inflama y altera cierta parte de la membrana mucosa que cubre el aparato digestivo. Observadores llenos de crédito atestiguan haber visto producir los mas terribles accidentes en sujetos que habían tragado dos ó tres semillas enteras.

Principalmente en la India Oriental y Occidental, en los Estados Unidos y en el Mediodía de la Europa, es donde se prepara el aceite ricino. Era ya conocido de los antiguos, que lo empleaban bajo el nombre de *oleum ricinum*. Como el aceite del embrión sale con mucha mas dificultad que el del perispermo, sucede que no sometiendo la simiente del ricino sino á una presión moderada, ó bien metiéndole en agua caliente para sacar el aceite, nada entonces en la superficie del líquido. Este aceite es muy dulce, y en todo semejante al de las demas sustancias emulsivas. Al contrario, cuando se oprime fuertemente el embrión, viéndose ceder sus principios acres y venenosos, saldrán sus propiedades corrosivas que constituyen uno de los purgantes mas violentos y mas peligrosos que se conocen.

El aceite dulce de ricino se recomienda con grande éxito en una multitud de enfermedades, ya agudas, ya crónicas, y sobre todo en las afecciones verminosas ó de las lombrices, contra las que es de grande efecto. Puede tomarse solo, ó unido con azúcar ó jarabe, el jugo de limón ó cualquiera otra sustancia aromática agradable. Frecuentemente se mezcla la cuarta parte ó la mitad de su peso con mucilago ó goma ará-

liga, y se hace una emulsion que se endulza convenientemente.

Por otra parte, las hojas de ricino parecen tener cualidades emolientes y dulcificantes. Cuando están frescas ó ligeramente ajadas, se las aplica algunas veces sobre las articulaciones para calmar los dolores de la gota y de la ca-

esta parte. En el viaje para Europa perdió ó le fueron robadas una cantidad de joyas, cuyo valor se hace subir á 50,000 libras esterlinas. La magestad india se propone permanecer unos quince dias en Southampton, en donde paga diariamente quince guineas por las habitaciones que ocupa en el hotel (una guinea, moneda in-

balazo, tomó, sin embargo, impávida el fusil de su desgraciado consorte, y sostuvo un fuego empeñado durante ocho horas contra los embavecidos indios, de los cuales yacian ya algunos muertos en las cercanías de la casa, de la que querian apoderarse aquellos salvajes por asalto; pero no pudieron conseguirlo. Por fin, despues de una defensa de ocho horas, vino el socorro para Mad. Harris. Esta heroica muger es hija de James Young, uno de los colonos mas antiguos y mejor acomodados de Lafayette County, desde donde pasó en 1852 con su esposa á establecerse en el Oregon. Un acto de heroicidad de esta especie, dice el *News*, merece bien que el congreso lo premie, señalando á madama Harris una pensión vitalicia.



El ricino.

beza, para disipar la jaqueca, y en el vientre para aplacar los dolores cólicos. También sirve para las toces el aceite de ricino, y un autor cuenta que los habitantes de la India le mezclan con la cal apagada para hacer una argamasa que sirve para dar consistencia á las casas, los buques y las maderas expuestas al aire. Añade que esta preparacion se emplea en las cisternas y estanques destinados á contener agua, y que con el tiempo adquiere la duracion y solidez de la piedra.

MISCELANEA.

UNA REINA INDIA EN SOUTHAMPTON.—El 22 de agosto último llegó al puerto de Southampton (Inglaterra), á bordo del navio *Indus*, la reina madre de Aude ó Aude, reino de la India Septentrional, acompañada del hermano e hijo del ex-rey, y un séquito de cincuenta seis personas. La reina, cuyo rostro cubria un espeso velo, fué conducida desde el buque á su alojamiento en una silla de manos. Tendrá ahora como unos cincuenta y cinco años de edad, y es reputada como señora de grande inteligencia. El objeto de su viaje es procurar que el gobierno inglés preste su auxilio para reconquistar á su hijo el trono de Aude, y aun abraja, á lo que se dice, muy lisonjeras esperanzas en

glesa de oro, equivale á poco mas de 90 reales); de allí pasará á Londres. Aquellas notabilidades regias llaman extraordinariamente la atencion por sus magníficos trages orientales y profusion de alhajas que llevan, en que abundan los diamantes y las esmeraldas. Algo mas molestanamente se presentan los individuos de la comitiva, entre los cuales hay artistas, como sastres, zapateros, cocineros, etc. También existe un eunuco que á la vez es tambien general de infanteria en el ejército real de Aude. Un pobre manschi (escritor), que formaba parte del séquito, murió en el camino. Dicese que durante mucho tiempo habia prolongado su existencia tomando opio. La reina, que ostenta en pañuelos de la clase de los *Shawles de Cachemir* y aderezos una riqueza casi fabulosa, va siempre acompañada de seis damas de honor. El ex-rey de Aude debe probablemente dentro de poco, procedente de Calcutta, llegar tambien á Inglaterra.

HEROISMO DE UNA MUJER.—El periódico *Saint Louis Evening News*, refiere la siguiente heroica defensa de Mad. Harris en la guerra con los indios en el territorio del Oregon: rompieron los indios un fuego deshecho contra la casa en que se encontraba Mr. Harris con su esposa é hija, feneciendo aquel en los primeros momentos de la refriega, herido de una bala. Madama Harris, la que tambien habia recibido un

UNA DISPUTA DE PRESIDENCIA.—Una señora inglesa, cuyo marido ejercia en Endemesada las altas funciones de justicia, puso en conuocion desde su llegada á toda la sociedad, en medio de la cual estaba llamado á vivir, por la pretension que suscitó de ocupar el primer lugar en toda reunion. Esta pretension fué, como es fácil pensar, mal recibida y muy disputada. El marido tomó partido por su muger, y alegaba en apoyo de su exigencia la costumbre constante seguida en Inglaterra con respecto á este punto. El gobernador de la provincia, teniendo una opinion distinta sobre esta cuestion, lo comunicó oficialmente al lord Bathurst, ministro entonces de las Colonias, que no tuvo por conveniente intervenir, y creyó deber dejar indeciso punto tan importante.

En otra circunstancia semejante, el general Elliot, que mandaba en Gibraltar, se habia mostrado menos reservado, y decidió perentoriamente que en todas partes y en todas ocasiones la presidencia de las señoras se arreglase por la edad, y que el primer sitio perteneciera de derecho á la mas anciana. Desde el dia en que se supo esta decision, no solo no hubo en las reuniones ningun debate relativo á preferencia, sino que se notó desde entonces una verdadera emulacion y un combate de deferencia y cortesia entre todas las señoras, y ninguna trataba de mostrarse sôcila para ocupar en ninguna parte el primer puesto.

PRESENCIA DE ESPIRITU DE UN ARABE.—El califa Egiage, horror y azote de los pueblos por su crueldad, recorria los vastos campos de su imperio sin comitiva ni señal alguna de distincion. Encontró á un árabe del desierto y le habló en estos términos:

—Amigo, quisiera saber de ti que hombre es ces Egiage de quien tanto se habla.

—Egiage, respondió el árabe, no es un hombre, es un ligre, es un monstruo.

—¿Pues qué finas que echarle en cara?

—Una multitud de crímenes; se ha sañado en la sangre de mas de un millon de sus súbditos.

—¿No le has visto tú nunca?

—No.

—Pues bien, levanta los ojos; es al que estás hablando.

El árabe, sin manifestar la menor sorpresa, clavó en él los ojos y le dijo altivamente:

—¿Pero vos, ¿sabéis quién soy yo?

—No.

—Yo soy de la familia de Zobair, en la que cada uno de sus descendientes se vuelve loco un dia al año: mi dia es hoy.

Egiage se sonrió á una escusa tan ingeniosa, y le perdonó.

EL VIEJO TUCIOSO.—Un anciano que habia olvidado casarse cuando era tiempo, solicitado para entrar en el vinculo del matrimonio á su edad, respondió á sus amigos:

—En otro tiempo, tal vez me hubiera decidido; hoy no puedo, porque no me gustan las viejas, y estoy perfectamente convencido que las jóvenes no me quieren á mí.